

Educando la Imaginación:

Las bellas artes y el universitario contemporáneo

Norman L. Wendth

Se nos ha dicho vez tras vez que la generación de estudiantes universitarios de hoy es diferente. Se supone que éstos son más serios y que tienen una orientación más definida hacia sus carreras. Mi experiencia con los estudiantes a quienes oriento y aconsejo tiende a confirmar eso que parece ser un fantástico rumor de la vida académica. Desafortunadamente,

Norman L. Wendth es profesor asociado de inglés en el Pacific Union College, Angwin, California.

se pueden advertir otros cambios también.

Los estudiantes universitarios siempre han discutido ante la necesidad de tomar cursos obligatorios. Todavía continúan haciéndolo, pero las razones que invocan han cambiado.

No parece haber pasado mucho tiempo desde que un joven celoso del curso ministerial se presentaba ante su consejero con un ejemplar de los *Testimonios* subrayado, para convencerme de que algunas de las obras literarias o pictóricas “tienden a corromper”, o que el “conocimiento de la música sin saber cocinar no vale

mucho”. Se consideraba que la pintura, la música y la literatura eran malévolas hasta que se comprobaba que eran útiles.

¿Peligrosas o inútiles?

Sin embargo, pareciera que el universitario contemporáneo ha abandonado los argumentos tradicionales para no estudiar las bellas artes. En lugar de ser el estudiante de teología el que discute, es el de contaduría o el técnico en algún campo de la medicina el que arguye *la falta de utilidad* en vez del *peligro* del estudio de las bellas artes. “Los ejecutivos no

leen poesía”, comenta un alumno con orgullo y desdén. “La historia o la apreciación de las bellas artes no me ayudarán a ingresar en la Universidad de Loma Linda”, observa otro. Más aún, la mayoría tiende a ser extremadamente impaciente con las respuestas que no están clara e inmediatamente orientadas con los intereses de su carrera. “¿Cuál es el sueldo?”, exigen saber.

Supongo que debo sentirme satisfecho aunque sea en un punto. Las quejas que no tienen que ver con lo religioso-político son más fáciles de tratar. Un simple comentario como “son requisitos”, sería suficiente. Y con un encogimiento de hombros, mis aconsejados pasarían a otro tema. Naturalmente, esta manera de evadir el problema no los convencería del valor del estudio de las artes.

Temo, sin embargo, que esta clase de sesiones de orientación tan superficiales sean un signo de que nuestros estudiantes no han aceptado nuestros objetivos tradicionales de la educación, y que, en realidad, ni siquiera están conscientes de ellos. Me refiero, por supuesto, a la idea del pasado de que una educación universitaria adventista debe *cambiar* a los estudiantes, debe guiarlos por nuevas y mejores sendas y debe convertirlos en mejores hombres y mujeres. Por lo menos con el estudiante de teología estábamos siempre de acuerdo en cuanto al objetivo esencial. Nuestras discusiones giraban sobre puntos específicos: ¿No es Picasso un tanto peligroso? ¿Le ayudaría a un individuo un curso de apreciación de la música a apreciar más a Jesús? ¿No es Milton más valioso que Hawthorne? Como es natural, se suponía que las artes tenían el poder de cambiar a la gente, y eso era, precisamente, lo que me preocupaba.

Hoy día se nos presenta una posibilidad aún más alarmante: las objeciones a los requisitos del estudio de las artes pueden indicar algo más que un mero escepticismo acerca del poder de las mismas. ¡Los estudiantes pueden creer que no necesitan cambiar! Habiendo oído vez tras vez frases como: “Tú estás bien”, “Eres como eres”, “Acéptate como eres”, “Vive de acuerdo con lo que sientes que está bien”, y cosas por el estilo, se sienten satisfechos consigo mismos. Por lo tanto, vienen a la universidad con el claro y único propósito de entrenarse para una bien remunerada carrera

técnica. Y cuando todo se considera con la perspectiva financiera como único elemento, no debemos sorprendernos que estos estudiantes consideren la música, la pintura, la escultura y la literatura como una absoluta pérdida de tiempo.

Vienen a la universidad con el claro y único propósito de entrenarse para una bien remunerada carrera técnica... No debemos sorprendernos que estos estudiantes consideren la música, la pintura, la escultura y la literatura como una absoluta pérdida de tiempo.

Poder que cambia la vida

El decimos por lo bajo que “también los programadores de computadoras necesitan conocer los grandes monumentos del intelecto humano” traiciona nuestros valores tradicionales. La enseñanza de las bellas artes puede hacerse de tal modo que éstas tengan una atracción pragmática. Puede haber recompensas financieras al mencionar ciertos nombres que son importantes para la cultura. Se puede recibir una promoción en la carrera por saber redactar bien. El arte y la literatura ofrecen información valiosa acerca del mundo en que vivimos. Sin embargo, si enseñamos las artes sólo desde este punto de vista, sería suficiente que nuestros estudiantes asistieran a cualquier universidad pública que les quedara cerca de la casa. Pero si realmente creemos en la educación adventista, debemos hacer mucho más. Debemos enseñar música, bellas artes y literatura de un modo tal que nuestros estudiantes experimenten su poder transformador. Más aún, debemos hacer saber claramente al estudiante que ingresa en nuestra institución educativa que nuestro objetivo deliberado es el de convertir al intelectual y refinar y sensibilizar al tecnócrata.

En breve, necesitamos volver a poner énfasis en la educación de la imaginación. Pareciera que este concepto, tan familiar, no se le ha ocurrido a los estudiantes, y que aún ha sido olvidado por algunos de nosotros, sus profesores. Debemos recordar que las artes tienen el poder de cambiar a la gente al afectar su imaginación. Nuestro requisito del pasado concerniente al estudio de las bellas artes consideraba, justamente, el problema de cómo dirigir esa transformación de la debida manera.

Permítanme ser más específico. ¿Qué cambios puede esperar un técnico al



estudiar las bellas artes y materias afines? En primer lugar, estos jóvenes pueden desarrollar una capacidad de simpatía hacia los demás. Un mundo puramente pragmático es necesariamente egocéntrico. Las artes ofrecen una perspectiva más amplia, una realidad percibida a través de otros ojos. Esta interacción ensanchará el mundo personal del participante y desarrollará la simpatía hacia los demás. Muchas veces nos referimos al hecho de vivir una experiencia “en carne propia”. Las artes nos ayudan a hacerlo. C. S. Lewis lo expresó del siguiente modo:

Una de las cosas que sentimos después de leer una gran obra de arte es: “La entendí”. O, desde otro punto de vista: “Me adentré en ella; abrí la cáscara de otra mónada y descubrí lo que tiene adentro”.

“La buena lectura, por lo tanto, aunque no es una actividad esencialmente afectiva, moral o intelectual, tiene algo en común con las tres. Enamorados, escapamos de nuestro ser íntimo hacia otro. En la esfera moral, cada acto de justicia o caridad involucra ponernos en el lugar de otra persona y así trascender nuestra propia particularidad competitiva. Al llegar a entender algo rechazamos los hechos como los percibimos nosotros, por los hechos como son en sí. El impulso primario de cada uno es de mantenerse y agrandarse a sí mismo. El impulso secundario es salirse de uno mismo para corregir su provincialismo y sanar su soledad. Hacemos esto en el amor, en la virtud, o en la búsqueda del conocimiento y en la recepción de las artes. Obviamente, puede describirse este proceso como un agrandamiento o como un anihilamiento del yo. Pero esa es una antigua paradoja: ‘El que pierda su vida la salvará’”.

¿Tiene alguien alguna duda de que lo que se describe aquí no es un desarrollo moral positivo?

Sensibilidad, desarrollo y madurez

También las bellas artes pueden promover el desarrollo y la madurez emocional. La música, por ejemplo, es lógicamente similar a las formas de los sentimientos humanos (Susanne Langer en *Philosophy in a New Key* llama a la música un análogo tonal de la vida emotiva). De ahí que una sinfonía de Beethoven puede llevarnos a través de formas de emoción no discursivas que

son más complejas, o que se resuelven de modo diferente de nuestros patrones emocionales habituales. Podemos, en cierto sentido, “practicar” experimentar reacciones psicológicas maduras. (Kenneth Burke en *The Philosophy of Literary Form* ha demostrado cómo esto puede aplicarse también a la literatura.) El desarrollo emocional puede no resultar en un avance inmediato en la carrera, pero nadie debiera cuestionar su valor.

Además, se ha mencionado repetidamente la riqueza adicional que las artes traen a la vida diaria. No

necesitamos ir a los extremos de un Oscar Wilde para darnos cuenta de cuán diferente nos parece el mundo después que una pintura nos enseña a ver lo que nos rodea como nunca lo habíamos experimentado antes. ¿Nos parece un paisaje natural el mismo después de haber contemplado a Turner? ¿O a Monet? ¿Vemos el mismo rostro en el espejo ahora de lo que lo veíamos antes de conocer a Picasso? Nos imaginamos muy poco cuánto más rica es nuestra percepción del mundo visual gracias a la sutil enseñanza de los grandes artistas. ¿No vale esta riqueza, este cambio, mucho más que las ventajas monetarias descritas en un balance financiero?

Santificando la imaginación

Las bellas artes nos afectan de muchas otras maneras, pero me parece que la más importante es la santificación de la imaginación. Sospecho que los universitarios a quienes aconsejo en el momento desprecian todas las cosas que no les

son útiles de inmediato, porque su imaginación ha sido moldeada por la cultura popular americana, en especial la televisión. No importa cuán bien indoctrinados estén en la teología adventista, su imaginación puede vivir en un mundo creado en programas como “Dinastía”, “El bote del amor”, y otros. Y aunque la televisión desafía a veces las enseñanzas típicamente adventistas, el daño mayor proviene del mundo artificial creado con sus shows y avisos, un mundo en el cual los valores son materiales o convencionales, y las costumbres relativas. Donde hay imaginación estará el corazón.

Por otro lado, una imaginación santificada, ve santidad en el mundo. Muchos de nosotros hemos leído la autobiografía espiritual de Lewis *Surprised by Joy*, y recordamos cuánto le afectó la lectura de *Phantastes*, de George MacDonald. “Aquella noche mi imaginación fue, en cierto modo, bautizada –escribe–; el resto de mí, no de manera antinatural, llevó más tiempo”. Más tiempo, pero sucedió; inexorablemente, la voluntad y el intelecto siguieron a la imaginación.

No quiero implicar que las bellas artes nos convertirán, pues esa tarea le corresponde al Espíritu Santo. Sin embargo, el cambio genuino que las artes pueden efectuar sobre la imaginación puede desempeñar un papel destacado en ese gran cambio. Es esa una razón más por la cual debe educarse la imaginación de nuestros estudiantes, basándose en forma segura en una cosmovisión santificada del mundo.

De ahí que la creencia de la “inutilidad” de las artes, pueda indicar la necesidad de que se eduque la imaginación de nuestros estudiantes. En mi opinión, el valor principal del estudio de las artes por parte de nuestros alumnos del campo de la tecnología es que puede ayudar a cambiar y desarrollar, lo cual promueve el blanco principal de la educación adventista. En tanto que nuestras instituciones educativas continúen teniendo como objetivo primordial el desarrollo del carácter, necesitaremos la ayuda de estos poderosos instrumentos educativos.